

EL BARCO

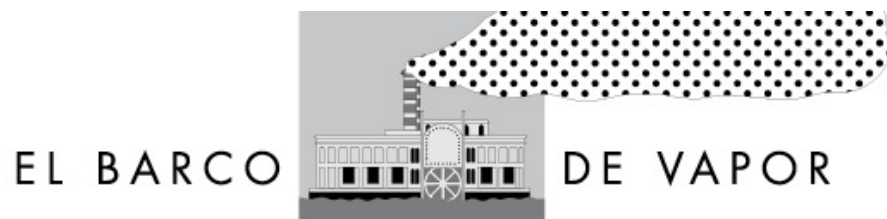


DE VAPOR

Daniela Acher

La obra





La obra

Daniela Acher



OceanofPDF.com

*A mis padres, por haberme leído.
A mis hijos, por permitirme que les leyera.
A Ariel, por leer conmigo.*

OceanofPDF.com

1 Liza

TENGO tantas ganas de actuar que voy a escribir la obra yo sola. Nada de esperar a que alguien me convoque y reconozca que soy una talentosa joven actriz.

Nada de pegarme un tiro
ni enredarme en maldiciones
ni apedrear con suspiros
los vidrios de tus balcones.
¿Que te has *casao*? Buena suerte,
vive cien años contenta.
Y a la hora de la muerte,
Dios no te lo tenga en cuenta.
Que si al pie de los altares
mi nombre se te borró,
por la gloria de mi *mare*
que no te guardo rencor.

No me acuerdo de quién lo escribió. Mamá me lo leía cuando era chica y a mí me gustaba. ¿Qué tiene que ver? Nada, pero quizá me venga bien para la obra. Sí, decididamente lo voy a incorporar. Me gusta. Entonces será la historia de una mujer (porque no pienso representar a un hombre. No es que no pueda. Una actriz es capaz de interpretar cualquier cosa, pero para mi debut quiero ser una mujer, una heroína que sufre mucho, así demostraré mis capacidades). La historia de una mujer enojada, enojadísima con uno que se casó con otra y la dejó. Por eso le dice: «¿Que te has *casao*? Buena suerte, vive cien años contenta». Ah, no, «contento» tendría que ser. ¿No es una mujer la que habla? ¿Estará enamorada de otra mujer? No, no... El que habla es un hombre, qué tonta soy. Esto mejor no se lo digo a nadie. A ver si piensan que me cuesta entender un texto. Una actriz es ante todo inteligente y, después, sensible. En mi obra, entonces, voy a cambiar los roles. La que habla es la mujer. Una mujer que le dice a un hombre que no le afecta en nada que él se haya casado con

otra pero, obviamente, es mentira. Si le diera igual, en primer lugar, no habría escrito nada, y en segundo lugar, no hubiera puesto tanta pasión en negar que algo le pasa. Voy bien, ¿verdad? Creo que sí. «Y a la hora de la muerte...». Lo de la muerte es bien trágico, me gusta. Para el tipo de obra que quiero hacer...

–¡¡¡A comer!!! ¡¡¡Liza, Esteban, Martín, a la mesa!!!

–¡Voy!

–¡Si no vienen ya, no comen!

–¡Ya voy! ¿Por qué me cortan siempre la inspiración? ¡Así no voy a poder!

–Liza, ¿terminaste los deberes?

–Creo que no tengo nada.

–¿Cómo creo? ¿No sabés?

–No, me tengo que fijar. Ma, ¿te acordás de la poesía que me leías, la de «... vive cien años contenta, y a la hora de la muerte...»?

–Sí, es de Rafael de León. La leíamos con la tía Ileana...

–Sí, esa. Es obvio que ella está muerta con él, ¿no? Pero no lo quiere demostrar...

–¿Cómo que ella está muerta con él? No, ella se casó con otro y por eso él le dice a ella que no le guarda rencor.

–¡Ah! No, claro. Lo que pasa es que en mi obra es al revés. La mujer es el hombre y el hombre es la mujer.

–¿Estás escribiendo una obra?

–Sí, va bastante avanzada. Yo voy a ser la protagonista femenina.

–¿Y dónde la van a dar? ¿En el colegio?

–No, no. El colegio no tiene nada que ver. La estoy escribiendo por mi cuenta. Cuando la tenga lista, voy a convocar a los demás actores. Y no sé, tal vez podríamos estrenarla en algún teatro. Esa es mi idea...

–Bueno, no creo que sea tan fácil. No me parece que en un teatro vayan a aceptar una obra de una nena de doce años.

–¿Y vos qué sabés? ¿O acaso hay una ley que diga que no? Si la obra es buena, quizá...

–Bueno, Liza... No todo es tan simple en la vida. Pero si querés yo te ayudo. ¿Me mostrás la obra?

–No, todavía no la tengo escrita.

–¿No iba bastante avanzada?

–Sí, en mi cabeza. Primero hay que tener las cosas claras para después poder escribirlas.

–Bueno, ahora sentate a comer, que después se hace tarde y terminás acostándote a cualquier hora. ¡Esteban, Martín! ¡No los llamo más! ¡A comer!

–¿Quién te entiende? ¡Decís «no los llamo más» y lo primero que hacés es llamarnos!

–¿Qué? ¡Vamos a comer, por favor! ¡No se lo digo más! ¡Llamá a papá y a tu hermano y siéntense!

OceanofPDF.com

2 Carla

CARLA apuró el paso para cruzar la calle antes de que cambiara el semáforo, pero calculó mal y una estampida de autos se le vino encima. Cerró los ojos y corrió con todas sus fuerzas. Tuvo la sensación de que sus piernas no le respondían y que no podía avanzar, como si una parálisis repentina le impidiera iniciar cualquier movimiento. Trató de concentrarse para que nada interfiriera entre el cerebro y sus piernas: la orden tenía que llegar. Con mucho esfuerzo, pudo dar dos grandes zancadas y alcanzar la acera. Antes de desmayarse, llegó a oír los bocinazos a su espalda.

—Querida, ¿estás bien? —una amable señora le sujetaba las manos.

—Fue una bajada de presión. Vos hacé fuerza para arriba —ordenó un hombre canoso mientras empujaba la cabeza de Carla hacia el suelo.

—Ya estoy bien, no se preocupen —dijo ella todavía un poco confusa.

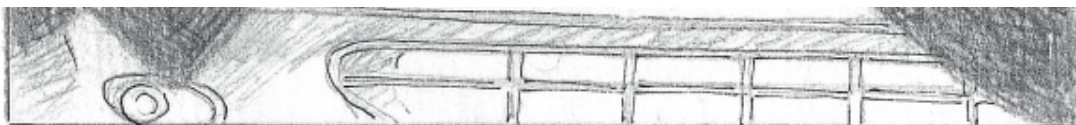
—¿Te suele ocurrir esto? —quiso saber la señora.

—Sí, a veces. No es nada, ya estoy bien.

—¿Querés que te pida un taxi? ¿Vivís lejos? —le preguntó el señor mientras la ayudaba a incorporarse.

—No, está bien, gracias. Vivo cerca, yo me arreglo —contestó Carla, y alzó la vista para mirar la placa con el número 2366 en la pared de esa casa de la calle Honduras. Y entonces pensó que esa vez tampoco podría tocar el timbre.





–Hola, ¿cómo estás? –la licenciada abrió la puerta y se apartó para dejar pasar a Carla, quien ni bien entró se dejó caer en el sofá de cuero negro.

–Ahí estoy.

–Te escucho –dijo la terapeuta mientras tomaba asiento en la silla detrás del escritorio.

–No pude.

–¿Estás hablando de tu papá?

–Ajá.

–¿No pudiste verlo?

–No, no fui capaz. Ni siquiera llegué a tocar el timbre. No me animé. Fue como si todo mi cuerpo se paralizara y una fuerza me impidiera llegar.

–Pero esa fuerza no existe, Carla. Y vos lo sabés.

–¿Y de qué me sirve saberlo? Si igual no puedo.

–¿No podés?

–No puedo o no quiero, que para este caso es lo mismo.

–¿Te parece que es lo mismo?

–Sí, en este caso sí. Porque por más que siento que tengo que enfrentarme con él, una parte de mí no desea verlo.

–Eso quiere decir que hay una parte de vos que sí desea verlo.

–Puede ser. Pero tengo mucha bronca. ¿Por qué se fue? ¿Por qué no se ocupó de mí todo este tiempo? ¿Por qué ahora que decidió llamarme, después de doce años (¡doce años!), yo tengo que ir?

–Bueno, eso ya lo hablamos. No tenés que ir a ningún lado. Nadie te obliga. Ir o no ir depende de vos. Es tu decisión. Y quizá sea eso lo que te asusta.

–Es que se fue cuando yo solo tenía cuatro años. Y todo este tiempo, ni rastros.

–¿No dijiste que te llamaba?

–Sí, tres o cuatro veces al año. Para mi cumpleaños, en Navidad y en algún otro momento. De vez en cuando me mandaba algún regalo. ¿Eso es un papá? ¿Sabés lo que es ver a todos tus amigos tan felices con sus padres y yo siempre sola?

–¿Sola?

–Bueno, sola no. Está mi mamá. Pero ella no es un papá.

–No, definitivamente no lo es.

–Ni siquiera es lo mismo que los otros chicos que tienen padres separados. Los padres de Ana, por ejemplo, se divorciaron. Pero ella está con uno y con otro. Es más, desde que se separaron, ve mucho más al padre.

–Y ahora que podés, ¿vos no querés ver al tuyo?

–Sí. No. No sé. No me animo.

–¿De qué tenés miedo?

Carla abrió la boca para decir que no tenía miedo de nada, que no era temor lo que sentía, pero inmediatamente volvió a cerrar los labios. Pensó en todas las ganas que tenía de ver a su papá y se le hizo un nudo en el estómago. Un calor le inundó el pecho y los ojos se le llenaron de lágrimas. Entonces dijo:

–De que se vuelva a ir. No soportaría perderlo otra vez.

–Estás diciendo que es mejor no tenerlo que volver a perderlo.

–Sí –contestó Carla con un hilo de voz.

3 Liza

—¡MAMAAAÁ! ¡Llegué! ¡No sabés! ¡No sabés!

—Acá estoy, Liza, en mi cuarto. ¿Qué pasa?

—Ma... má. ¡No sabés! ¡Me eligieron! ¡No lo puedo creer! ¡NO LO PUEDO CREER!

—Calmate, calmate un poco. ¿Para qué te eligieron?

—Bueno, en realidad no me eligieron. Fue un sorteo. ¡Voy a ir a ver a Estrellita! ¡A la tele!

—¿A Estrellita?

—Sí, la protagonista de *Amor adolescente*. Estrellita es el nombre artístico, no sé cómo se llama en realidad. ¡Salí sorteada para ir a ver cómo graban un capítulo de la novela! ¡NO LO PUEDO CREER!

—¿Cuándo se hizo ese sorteo?

—¿Te acordás de que te conté? Hace como quince días, en el colegio. Vinieron de Telearte a hacer una promoción del programa y había que contestar unas preguntas, que eran una pavada total. ¡Y salí sorteada! ¡La única del colegio! ¡Es pasado mañana, el Día del Amigo! ¡Voy a aprovechar para mostrarle a Estrellita mi obra! De acá al jueves tengo tiempo de seguirla. Capaz se anima y quiere actuar. ¡Sería genial!

—Pará un poquito, *acelereti*.

—Te advertí que no me gusta que me digas así.

—Bueno, está bien. Pero tranquilizate. Vas a ir a ver una grabación de un programa. No creo que puedas hablar con ella. Va a estar trabajando.

—¡Ay, mamá! ¿Qué tiene que ver? ¿Sabés que el premio no es solo ir a ver el programa? También voy a almorzar con ella y a acompañarla todo el día en sus actividades en el canal. La promoción se llama: «Pasá el Día del Amigo con Estrellita». Además te dan productos del programa: el CD, la revista, el DVD...

—Bueno, está bien, pero debe de haber más gente. No creo que seas la única. Además, en el caso de que llegues a mostrarle tu obra, ¿te

parece que te va a dar bolilla?

—¿Ves, mamá? Siempre te parece que nada puede hacerse. Yo vengo recontenta y vos me decís: «No, no y no».

—Bueno, perdoname. Pero no te dije a todo que no. ¿O acaso te prohibí ir? Solo te comenté...

—Más vale. ¡Mirá si no voy a ir!

—Solo te comenté que no me parece que Estelita...

—Estrellita.

—... que Estrellita te pueda prestar atención, porque seguramente va a estar pendiente de su trabajo...

—Está bien, mamá. ¿Sabés qué? ¡Con vos no se puede hablar!

¡Qué emoción, por Dios! ¡Todavía no lo puedo creer! ¡Todo el día con Estrellita! ¡Voy a apurarme con la obra, así podré mostrársela más terminada. Estábamos en que era una obra de amor no correspondido: *Amor constante más allá de la muerte*. ¿Cómo me apareció eso? No sé. Bueno, de todas maneras dije que iba a ser algo trágico. El tema de la muerte tiene que estar.

No soy el amor, amante:
la Muerte que Dios te envía.

¡Claro! Viene la Muerte y se la quiere llevar, pero ella se confunde y cree que es su amor, que ha vuelto.

—¡Ay Muerte tan rigurosa, déjame vivir un día!
—Un día no puede ser, una hora tienes de vida.

¡Ahora me acuerdo! ¡Es el *Romance del enamorado y la muerte*! Entonces pongo eso en mi obra: que la Muerte la viene a buscar. Y ella le dice que todavía no. Ah, algo así también dice un poema de Macedonio Fernández que me leía la abuela. ¿Dónde estará? Tal vez en la biblioteca grande. A ver... aquí:

Oh, no tan pronto hagas
de mí un ausente

y el ausente de mí.
¡Que no te lleves mi Hoy!
Quisiera estarme todavía en mí.

Yo, claro, le cambio de sexo: «una ausente», «la ausente». Ella no quiere que la Muerte... Ahora que lo pienso, también la Muerte debería cambiar de sexo: tiene que ser un hombre, «el Muerte», porque Florencia lo confunde con su amado... No quiere que «el Muerte» haga de ella una ausente, que no la lleve, que la deje «estarse todavía en ella»...

¡Ojalá Estrellita quiera actuar! ¡Me podría ayudar a conseguir un teatro para representarla! Lo que no sé es si ella va a querer hacer de Muerte, sabiendo que es un hombre. Quizá me pida ser la protagonista, pero voy a ser inflexible: ese papel tiene que ser para mí.

OceanofPDF.com

4 Carla

CARLA llegó al club y fue directamente al vestuario. Buscó la llave de su armario y en un segundo se sacó la ropa, se puso el traje de baño, la gorra y las chancas, agarró la toalla, guardó el bolso y cerró el armario. Cuando entró en el natatorio, saludó con un gesto al profesor, que estaba en la otra punta de la pileta, y se tiró de cabeza, sin siquiera probar la temperatura del agua. Nadó durante diez minutos sin parar, descargando su furia en cada brazada. Después aminoró el ritmo y se dedicó a hacer varios largos: de ida estilo pecho y de vuelta estilo espalda. Cuando se sintió más tranquila, se quedó haciendo la plancha, flotando mientras miraba el techo cubierto. Cerró los ojos y por unos minutos se imaginó que estaba en una laguna, que su mamá y su papá la miraban, que era feliz... La despertó el grito del profesor llamando a un alumno. Salió de la pileta de un salto y entró corriendo en el vestuario. Recién cuando se sacó el traje de baño se dio cuenta de que había dejado la toalla en el natatorio.





Llegó al consultorio diez minutos más tarde de la hora de la sesión.

–Disculpame –dijo cuando la licenciada le abrió la puerta–, se me hizo tarde.

–Está bien, pasá.

–Es que me fui a la pileta y se me pasó la hora.

–¿Cómo estás?

–Mal. Sigo sin animarme a ver a papá. Además estoy triste. Y cansada.

–¿Estás cansada y fuiste a nadar?

–Sí, porque el agua me relaja. Es el único lugar donde me siento libre, sin obligaciones. Siento el murmullo de la gente y me sumerjo y nado, nado, nado...

–Un lugar donde nadie te molesta, con agua...

–Sí, ya sé, me vas a decir que quiero volver al útero. Bueno, suponete que sea así. ¿Y? Puedo, ¿no? ¿Entonces?

–¿Entonces?

–Entonces estoy mal. Cansada. Hay veces que quiero mandar todo al carajo.

–Te propongo un ejercicio. Pensá un momento de tu vida en el que te sentías libre, sin obligaciones, feliz...

Carla cerró los ojos y se acordó de muchos momentos en los que había sido feliz. Podía rememorar los hechos, incluso visualizarlos, pero no podía volver a experimentar los sentimientos. Hurgó más atrás en su memoria y apareció una imagen. Por un breve momento, pudo volver a sentir la felicidad de ese instante pasado.

–¿Lo ves?

–Sí, estoy en una laguna, en Chascomús. Papá está pescando y yo estoy corriendo detrás. Mamá está preparando todo para hacer un *picnic*.

–Bueno, ahora detenete en ese momento y mirate a vos misma.

–Sí.

–Tomá esa imagen, agarrá a esa nena y mimala, querela. Desde tu yo actual, acariciala y cuidala.

–Está bien.

–Bueno, ahora, de a poco volvé, despacito.

–Ajá.

–¿Cómo te sentís?

–Pésimamente.

OceanofPDF.com

5 Liza

—**M**ARTÍN, ¿cuál es tu color preferido?

—¿Qué se yo? El azul.

—Para mí, el violeta. ¿A ver qué dice Estrellita?... El verde.

—¿Una flor?

—Ni idea.

—Para mí, el jazmín. ¿Estrellita?... ¡También el jazmín!

—¿Qué es lo que más odiás?

—Que mi hermana me haga preguntas boludas.

—Pará, en serio. Yo, que me digan que no a todo lo que quiero hacer.

—Yo, que San Lorenzo pierda.

—Estrellita dice: «La miseria en el mundo».

—¿Cuál es tu sueño?

—¿Cuál va a ser? Ver a San Lorenzo ganar todos los campeonatos. Pero para eso tiene que irse toda la dirigencia...

—Para mí, poder representar mi obra de teatro. Para Estrellita, «reencontrarme con alguien a quien quiero mucho». Ah, seguro que es Facundo Bellitti, su ex novio. ¿Harías un desnudo?

—Si me pagan un millón de dólares, sí.

—Yo no lo haría por nada del mundo. Aunque una actriz debería hacer lo que requiriera la obra. Bueno, tal vez, cuando sea más grande... pero por ahora ni loca.

—¿Y a quién le va a interesar verte desnuda?

—Pará, nene. Estoy hablando de actuación. Estrellita dice: «Solo si está justificado, es artístico y está cuidado».

—Vení, Estrellita, desnudate que yo te cuido.

—Siempre el mismo tarado. Mañana cuando la vea le voy a contar.

—¿Cómo cuando la veas?

—¿No sabés que gané el concurso para pasar el día con Estrellita?

—¿Me estás cargando?

—No, en serio. Me muero de ganas de conocerla. Voy a mostrarle mi obra; tal vez le guste y quiera representarla...

—¿Puedo ir?

—Ni loca. Soy yo la que gané el concurso.

—¡Por favor! Te prometo que te presto el MP4...

—Ni soñando.

—Te ayudo con los deberes de acá a fin de año.

—¡No!

—Pongo la mesa los días que te toca a vos.

—¡No, basta! Además, aunque quisiera, no te van a dejar ir. Soy la única del colegio que gané. Me acompaña Silvia, la maestra de Lengua, pero la que va a pasar el día con ella soy yo...

—Te regalo mi celular...

—¡NO!

Yo lo dejaría, pero a ver si por ir con él no me permiten entrar. No, que se fastidie... Tendría que ponerme a escribir la obra. Soy media lenta, pero, con suerte, puedo imprimir algo para mostrárselo mañana. Recapitulemos: una mujer... creo que ya es hora de darle un nombre. Bueno, la llamaré Florencia, por Flo. Espero que Lucía no se ponga celosa. Por ahora, después veo. Entonces, Florencia vivió un gran amor con... digamos... Ezequiel. No, mejor invento otro nombre, si no Eze se va a avivar que pensé en él para el protagonista. Mejor le pongo un nombre de viejo: Alberto o Eduardo. Eduardo está bien. Cuando Florencia se entera de que Eduardo se casó con otra, le escribe diciéndole que no le guarda rencor, pero está tan trastocada que, cuando la Muerte (que es un hombre, ya lo dije) la viene a buscar, ella piensa que es Eduardo. Cuando ve que en realidad es la Muerte, le pide un tiempo más... Hasta ahí está claro... Podría escribir que la Muerte (el Muerte) le propone un trato, como el diablo en *Fausto*. Solo que acá, en vez de vender su alma al diablo a cambio de la juventud eterna, Florencia le va a pedir al Muerte que tarde un poco más en llevársela. A cambio, ella le va a entregar a Eduardo. Pero no porque lo odie sino porque prefiere que, si no va a

estar con ella, él no exista. Es decir, prefiere que esté muerto antes de que sea «de otra»...

De *otra*. Será de *otra*. Como antes de mis besos.

Su voz, su cuerpo claro. Sus ojos infinitos.

[...]

Puedo escribir los versos más tristes esta noche.

Pensar que no *lo* tengo. Sentir que *lo* he perdido.

¡Ahhh! ¡El poema de amor número veinte de Pablo Neruda! Claro, tuve que cambiar los sexos, porque en mi historia, como dije, el hombre es la mujer y la mujer es el hombre...

Pero ¿eso es amor? Porque si lo amara verdaderamente, querría que él estuviera bien, aunque fuera sin ella:

Ya no *lo* quiero, es cierto, pero tal vez *lo* quiero.

Es tan corto el amor, y es tan largo el olvido.

Otra vez Neruda. Pero Florencia es posesiva y no le tiembla el pulso cuando le propone el trato al Muerte... Voy a escribir esto, así mañana se lo puedo entregar a Estrellita para que lo lea...

OceanofPDF.com

6 Carla

CARLA entró en el bar media hora más tarde de lo acordado. Se sacó los anteojos negros y vio a Facundo sentado en una mesa del fondo, haciéndole señas. Había accedido a encontrarse con él sólo porque se le habían acabado las excusas. Cuando fue a darle un beso en la mejilla, el movió la cara y la besó en los labios. Carla lo miró con reproche. Se sentó, llamó al mozo y pidió un cortado con una porción de torta de manzana.

No tenía ganas de estar allí, no quería hablar, no quería escucharlo y ni siquiera quería torta de manzana. Lo miró sin prestar atención a lo que él decía; miró sus manos de dedos largos, su nariz perfecta, sus ojos llorosos, sus labios gruesos, y pensó que él era muy lindo, muy dulce, muy bueno, y que por eso mismo ella no podía estar con él.

—Hoy me encontré con Facu.

—¿Cómo te fue?

—Mal. No tenía ganas de ir.

—Pero fuiste.

—Sí, fui porque me llamó como cinco veces. Ya no sabía qué inventar.

—¿Y qué tal decirle que no querías verlo?

—No, no puedo. Me da lástima.

—Fuiste solo porque te da lástima.

—Sí. También porque no sé decir que no.

—¿Qué creés que pasaría si decís que no?

—No sé, tal vez pienso que debo quedar bien, que no quiero que piensen mal de mí.

—¿Van a pensar mal de vos porque digas que no tenés ganas de algo?

—Y... Es posible que Facu piense que no lo quiero. Y no es que no lo quiera, pero siento que ahora no puedo estar con él.

—¿Y se lo dijiste?

—No, no le dije nada. No me animé.

—No te animás a decirle a Facundo que no querés estar con él, no te animás a ver a tu papá... ¿También creés que tu papá va a «pensar mal» de vos?

—Y sí... Tengo miedo de que se forme una idea equivocada sobre mí.

—¿Equivocada?

—Sí, que piense que soy frívola, que no me conozca realmente.

—Pero Carla, si no lo vas a ver, nunca te va a «conocer realmente».

—Sí, ya sé. Pero es que siento que lo voy a defraudar. Porque la verdad es que no estoy contenta con lo que hago, con lo que soy, con lo que me pasa... Es como que me metí en un torbellino del que no puedo salir.

—¿No podés?

—¡Ay, por Dios, otra vez no! ¿No tenés otra cosa que preguntarme que «¿no podés?»? ¡No, no puedo, no puedo! ¡No es que no quiera! ¡Quiero pero NO PUEDO! ¿Vos «podés» entenderlo? ¡¿O no «querés»?!

7 Liza

—¡M^A, soy yo, llegué! ¡Un desastre! No fue como nos habían prometido. Casi ni la pudimos ver a Estrellita, además no nos dieron el set de productos y solo estuvimos dos horas; encima cuando llegamos nos mandaron a la sala de control y no pudimos ver la grabación en directo y entonces Silvia se superenojó...

—Pará, pará, contame de a poco, tranquilizate. Vení, ¿te preparo una chocolatada?

—Bueno. Y entonces Silvia les dijo que no podía ser...

—Empezá desde el principio, despacio. Fuiste desde el colegio, con Silvia, la maestra de Lengua...

—Sí, fuimos recién a las dos de la tarde. ¿Te acordás de que era para «pasar el día»? En realidad fue pasar la tarde. O más bien dos horas, que fue el tiempo que estuvimos, porque a las cuatro ya volvimos al colegio.

—Bueno, ¿y cómo fue? ¿Qué hiciste? ¿Llegaron y...?

—Mirá, una vez que pudimos entrar (porque fue un lío bárbaro, nadie sabía del concurso, hubo que explicar lo mismo en cada ventanilla del canal), una vez que pudimos entrar, decía, nos mandaron a una sala donde estaba el director. Bueno, en realidad no era la del director, sino una de al lado, en donde pasaban lo que se estaba grabando por un montón de televisores. Ahí estuvimos un rato hasta que un hombre pasó y nos preguntó qué hacíamos ahí, y entonces nos acompañó a la sala del director. Eso estuvo bien, había un montón de gente...

—Pero ¿y Estrellita?

—Pará... Bueno, ahí había un montón de gente y el director, desde el control, les iba diciendo a los actores lo que quería, y ellos, que estaban en el «piso», que es el estudio de grabación, hacían la escena. Primero estuvo bien verlos desde ahí, pero después se hizo medio plomo... Yo ya me estaba aburriendo, preguntándome cuándo vería a Estrellita, y en eso el asistente del director, un chico muy amable,

nos llevó a ver la grabación al estudio. ¡Era rarísimo! Yo me imaginaba algo más grande; todas las «habitaciones» de la novela estaban juntas: la cocina de la casa de Estrellita, al lado de la casa de Dardo, por ejemplo; todas las paredes eran como de cartón. Y ahí vi a un montón de actores. Estaba Dardo (bueno, Nicolás Cansino, el que hace de Dardo); también estaba Juan, el que hacía de camionero en *Escalera al cielo*. Después apareció Gina Martelli, ¡es refluquita!; luego, la que hace de Tina, que fue la única que nos saludó de lejos. También estaban Nadia Slipak, que está toda teñida de rojo, y el que hace del padre de Estrellita...

—¿No estaba Guido Moreno?

—Sí, pero llegó un poco después. Entonces se escuchó la voz del director que preguntaba dónde estaba Estrellita, porque había que hacer una escena con ella y no aparecía. Nosotros estábamos atrás, en el decorado de la pieza del hermano de Estrellita, que no se usaba. El director parecía medio enojado. Los actores empezaron a cuchichear. Yo estaba tratando de entender qué pasaba y en eso la vi llegar... No sabés, mamá. ¡Es hermosa! Pero parecía triste. Entró y todos se callaron. Ella solo dijo: «Estoy lista». El director gritó: «¡Vamos!», y empezaron a grabar.

—¿Viste toda la escena?

—Sí, fue una escena corta, con el que hace de padre de ella. Ni bien terminó, Estrellita se fue al camarín. Ahí vino una asistente y dijo que nos teníamos que ir.

—¿Adónde?

—Que nos teníamos que ir, que había terminado la visita.

—¿Qué?

—Sí, así como lo oís. Por supuesto, Silvia y yo empezamos a protestar. Viste que ella es muy correcta, pero cuando se enoja, ¡jagarrate, Catalina! Que no, que no puede ser, que el concurso decía «pasar el día», que yo ni siquiera había estado con Estrellita, que no pueden jugar así con la ilusión de los chicos, que son unos irresponsables, que es una vergüenza y no sé cuántas cosas más. Hasta nos hicieron salir del estudio porque estábamos levantando la voz.

—Me parece muy bien, hay que protestar. No es lo que les habían prometido.

—Entonces Silvia pidió hablar con el productor. Al rato vino un tipo bien canchero y me felicitó por haber ganado el concurso. Ahí Silvia le repitió todo lo que había dicho antes y el hombre dijo que iba a ver qué hacía, que no nos preocupáramos.

—Por lo menos, saludar a Estrellita.

—¡Obvio! Aparte yo tenía la obra preparada para dársela. Quería conocerla, que me conociera, hablar con ella... Bueno, al rato volvió el productor y dijo que lo disculpáramos, que Estrellita no se sentía bien, pero que igual iba a venir a saludarnos. Añadió que el set de productos nos lo iban a enviar a casa y que, por el olvido, nos iban a dar dos sets en vez de uno; anotó mi dirección y nos llevó a un camarín que estaba vacío. Ahí estuvimos, no te miento, quince minutos, hasta que apareció Estrellita.

—¿Y...?

—¡Ay, mamá! ¡Es mucho más linda de lo que aparece en la tele! La vi entrar y se me cortó la respiración. Es... no sé cómo explicarlo... imponente... Yo me puse renerviosa, le pedí un autógrafo y le di la cámara a Silvia para que nos sacara una foto...

—¿Y ella estuvo simpática?

—No. Pero tampoco antipática. Estaba como... ausente. Tenía una cara muy triste. Era como... Su cuerpo estaba ahí, pero ella no... ¿Entendés?

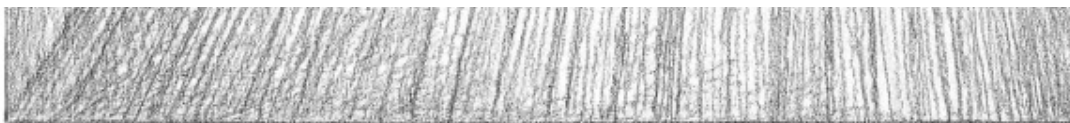
—Y bueno, debería de estar cansada...

—Sí, pero no era solo cansancio. Se la veía mal. Estuve a punto de no hablarle de mi obra, pero después me dije que ese era el motivo principal por el que yo había ido (además de conocerla, claro) y me animé y le conté.

—¿Qué le dijiste?

—Y... le dije que había escrito una obra, bueno, en realidad que no estaba terminada, pero casi, y que me gustaría que ella la leyera...





—¡Ay, Liza, Liza!

—¿Qué? Me dijo que bueno, que si tenía una copia se la dejara. Pero la verdad es que mucho entusiasmo no demostró. Estaba igual que antes, parecía... un robot...

—Bueno, Liza, pensá en la cantidad de cosas que tiene. Era lógico que no te diera bola. Yo te dije que eso iba a pasar.

—¿Ves, mamá? ¡Ya empezás! ¿Qué sabés lo que pensaba ella? ¡Quizás se mostraba así porque estaba mal, no porque no me quería dar bola! ¡Vos siempre tirándome abajo!

—¡Basta, Liza! ¡Yo no te tiro abajo! Te dije solo que la chica tiene cosas que para ella son más importantes que tu obrita.

—¿Por qué «obrita»? Lo decís despectivamente. ¿Sabés qué? Tal vez para vos sea «una obrita», y tal vez para Estrellita no sea importante, pero para mí sí es importante, aunque no sea buena, y aunque nunca la pueda representar, porque es algo que yo hice...

—Está bien, Liza, tenés razón. Lo que pasa es que no quiero verte mal. Y cuando vos te embalás mucho con algo, no hay quien te lo saque de la cabeza... Y si después no sale como planeaste, vas a sufrir...

—¿Entonces qué, mamá? ¿Tengo que dejar de hacer algo por miedo a que no me salga? Bueno, bárbaro. No hago nada entonces. La rompo. ¡Chau, obra! ¿Estás contenta?

—¡Yo no dije eso! Y a mí no me grites.

—¡Entonces vos no me grites a mí!

—¡Yo soy tu mamá!

—¡Qué novedad! ¡Y yo soy tu hija! ¡Mirá vos!

—A mí no me hablás así, ¿eh? ¡Te vas inmediatamente a tu habitación! ¡Y no salís hasta la hora de comer!

—¡Obvio que me voy! ¿Para qué quiero estar con alguien que me dice que todo lo que hago está mal?

—¡Yo no dije eso! ¡A tu cuarto! ¡Ni una palabra más!

«¡Ni una palabra más!». Siempre dice lo mismo y después sigue hablando. ¡Qué odio! ¿Por qué constantemente me tiene que tirar abajo? Es verdad que Estrellita mucha bola no me dio, pero me di cuenta de que no estaba nada bien. Tenía los ojos llorosos... ¡Qué día! ¡Cuántas emociones, por Dios! Es un buen momento para ponerme a trabajar. Dicen que el artista tiene que escribir en momentos de emoción. De hecho, las mejores obras fueron hechas en momentos de crisis personales de los escritores. ¡Bah! ¡Digo yo! Pero creo que sí, porque uno se siente más vulnerable, tiene las emociones a flor de piel.

Bueno, voy a seguir con mi obra, entonces. Estábamos en que Florencia entrega a Eduardo –su amado que la ha dejado– a la Muerte, porque prefiere que él esté muerto antes de que se vaya con otra.

Con tres heridas viene:
la de la vida,
la del amor,
la de la muerte.

Miguel Hernández. (¡Si lo habré escuchado cantado por Serrat en ese casete viejo que ponía mamá!) Y así es en esta obra: primero la herida de la vida, después la del amor y finalmente la de la muerte. Y resulta fatal, pero tiene que ocurrir: es como un destino trágico que les espera. Florencia elige la muerte de su amado y de esa manera ella también muere un poco. La escena en la que fallece Eduardo es clave, pero no la voy a hacer muy sangrienta, porque no quiero recargar demasiado. Va a morir mientras duerme. Su nueva esposa –pongámosle Sofía– lo va a despertar y lo encuentra sin vida. Con el grito de ella termina el acto. Cae el telón.

8 Carla

CARLA llegó a su casa y le dijo a su mamá que no la molestara y que no le pasara ningún llamado. Fue a su cuarto, apagó la luz y se tiró en su cama. Eran las siete de la tarde. Tenía muchas cosas que hacer y nada de ganas. Intentó dormir, pero le resultó imposible. Se levantó, prendió la luz y agarró la novela de McEwan que tanto la había atrapado, pero no pudo leer ni siquiera media página. Se volvió a acostar y encendió la tele. Después de zapear por los ochenta y seis canales, eligió un documental sobre un experimento con monos en África, que trataba de demostrar que no podían vivir lejos de sus familias. A los cinco minutos, el programa terminó y Carla apagó la tele. Puso el CD de Caetano Veloso que le habían regalado, pero a la segunda canción lo sacó porque le dolía la cabeza. Apagó la luz de nuevo y volvió a acostarse. Sonó el teléfono y se levantó instintivamente para atender, pero en seguida decidió bajar la campanilla. Escuchó que su mamá le golpeaba la puerta y estaba a punto de decirle que le había avisado de que no le pasara ningún llamado, cuando ella se le adelantó:

—Es tu papá. Quiere hablar con vos.

—Hablé con papá. Me llamó por teléfono.

—¿Cómo te fue?

—No sé. La charla estuvo bien. Le dije que dentro de dos semanas lo llamaba para encontrarnos. Lo pateé para adelante.

—¿A quién?

—¿A quién qué?

—¿A quién pateaste?

—A «quién» no, a «qué». Al encuentro con papá. No tengo tiempo de verlo. Estoy a mil porque estamos adelantando capítulos de la novela. Las próximas dos semanas voy a estar grabando hasta cualquier hora. Además tengo las giras promocionales y voy a

participar en unos programas como invitada. Y también están las clases de canto y los ensayos de los temas...

—Muchas cosas...

—Demasiadas. No doy más. No sé si voy a poder seguir con todo. A veces me pregunto qué sentido tiene. Quiero decir: desde que era chica, siempre quise esto, pero ahora que lo tengo, no lo quiero.

—¿Qué es lo que deseabas cuando eras chica?

—Actuar, actuar. Siempre quise ser actriz. Y lo sigo queriendo, pero no sé si esto tiene que ver con la actuación.

—¿Vos decís que lo que hacés no es actuación?

—Sí, es. O sea, a mí me gusta actuar, pero no siempre puedo hacerlo en la televisión. Muchas veces estoy tan cansada y tengo tan poco tiempo para meterme en el personaje... Nada más voy y digo mis líneas. No puedo actuar de verdad... Y todo lo que lo rodea me agobia: los reportajes, los autógrafos, las giras, la gente... Ayer, por ejemplo, vino una nena de un colegio a ver la grabación. Supuestamente había ganado un concurso para pasar el día conmigo, pero a mí nadie me había avisado. Yo me sentía pésimo, estaba muy mal, y vino Joaquín, el productor, a decirme que tenía que ir a sacarme fotos con ella. No tenía la menor gana...

—Pero fuiste.

—Sí, tuve que ir. Pobre, me dio pena. Parecía ilusionada. ¡Ah!...

—¿Qué?

—Ahora me acuerdo de que me dio una obra para que la leyera...

—¿Te regaló un libro?

—No, me dio una obra de teatro que ella había escrito. No sé dónde la metí...

—Entonces, te sentiste obligada a estar con esa nena, presionada para hacer algo que no querías...

—Sí, pero ¿dónde habré puesto la obra? ¿La habré metido en el bolso?

—¿Te interesa la obra, Carla?

—¿Cómo me va a interesar si ni siquiera la leí? Además la escribió una nena de doce años. ¿Sabés lo que debe de ser...?

—Pero te noto muy preocupada...

—Es que me molesta no saber dónde la puse.

–Pero si no te importa la obra, no debería preocuparte dónde la pusiste...

–¿La habré dejado en el canal?

OceanofPDF.com

9 Liza

—¡MAMÁAAA! ¡Soy yo! ¡Llegué! Al final, tenés razón. Voy a abandonar la obra.

—Momentito, señorita. Vamos por partes. Primero. ¡Hola, hija! ¿Cómo estás? ¿Cómo te fue en el cole?

—Bien. Bah, qué se yo. Más o menos. Las chicas me dijeron lo mismo que vos: que la obra no sirve para nada, que no la voy a poder hacer, que a Estrellita no le va a interesar ni medio...

—A ver, a ver... Yo no te dije nada de eso.

—¿Ah, no? ¿No me dijiste que Estrellita tenía cosas más importantes que hacer que leer mi obra?

—Bueno, eso tal vez pude haberlo dicho, pero no significa que no puedas seguir con tu obra. ¿O tu obra depende de que una chica que apenas conocés quiera leerla?

—No, ya sé que no es así, pero yo creía que si ella la leía, tal vez...

—Mirá, Liza. Puede ser que yo te haya «tirado un poco abajo», y te pido disculpas. Es que a veces, como venís tan entusiasmada con algunas cosas, tengo miedo de que construyas castillos en el aire y después te enfrentes con la realidad, y te haga mal. Y uno, ya lo vas a ver cuando seas mamá, no quiere que los hijos sufran. Pero el otro día estuve pensando y me di cuenta de que no importa que te golpees...

—¡Ah, gracias!

—No, esperá... Que es mejor golpearse por haber intentado hacer algo, que no hacer cosas por miedo a golpearse. ¿Entendés?

—Sí, pero... No sé, resulta fácil decirlo, pero... Es que no sé si va a servir de algo...

—¿Y por qué tiene que servir? ¿Vos te sentís bien escribiendo?

—Sí, me encanta. Pero eso no quiere decir que a los demás les interese.

—Bueno, pero eso no importa. Ahora lo importante es que vos no dejes de hacer algo que te gusta y que te hace bien.

—¿Para qué?

—¿Cómo para qué? Para sentirte bien. Para aprender a jugar por lo que querés. Te lo pongo al revés: ¿por qué no vas a hacerlo?

—Sí, tal vez tenés razón... Aunque a Estrellita no le interese...

—¡Terminala con Estrellita! ¿Quién es Estrellita? ¿Qué te importa su opinión?

—¡Ay, mamá, otra vez!

Esta vez mamá tiene razón. Bah, es también lo que yo pienso. ¿Qué tiene que ver Estrellita? Voy a seguir con mi obra aunque a Estrellita no le interese. Me hubiera gustado que ella participara, pero bueno... La conocí y eso ya es importante. Bueno, lo que se dice conocerla, conocerla... pero estuve con ella. Y me di cuenta de que no estaba bien. Me dio un poco de pena. ¿Pena? La verdad es que tiene de todo: belleza, fama, éxito, plata, un ex novio que está rebueno y muere por ella... ¿Qué más puede querer?

En fin, como dice mamá, ¿qué me importa Estrellita? Voy a seguir con mi obra. Estábamos en que Eduardo había muerto, porque Florencia le había enviado a la Muerte. Sofía, la nueva esposa de Eduardo, lo encuentra muerto en su cama. Florencia se entera, por supuesto, y siente una gran tranquilidad... ¡Qué egoísta!, ¿no? No puede ser tan inhumana. Pero como es una tragedia, está bien. Era el destino de Eduardo. Pero hete aquí que Florencia se arrepiente. Y ya es tarde para volver atrás. Entonces empieza a jugar con la idea de su propia muerte: «Es, ya lo sé, el amor: la ansiedad y el alivio de oír tu voz, la espera y la memoria, el horror de vivir en lo sucesivo».

Borges lo explicaba así porque se había enamorado y le daba miedo vivir con ese amor. «Me duele una mujer en todo el cuerpo», decía. Pero, para Florencia, «el horror de vivir en lo sucesivo» significa que no quiere vivir por el arrepentimiento que siente. Y porque se da cuenta de que no puede vivir *sin* amor.

10 Carla

CARLA llegó a su casa a las once de la noche. Estaba extenuada. Su mamá había salido. Prendió el contestador y escuchó los cuatro mensajes: uno de la productora para decirle que al día siguiente la grabación empezaba a las ocho y no a las nueve; otro de su representante, explicándole que el sábado tenía que ir a un programa de juegos en la tele, y dos de periodistas pidiéndole entrevistas. Puso en el microondas la tarta que su mamá le había dejado, y encendió el televisor. Lo apagó al instante. Se acordó de la obra que le había dado esa chica y la buscó por todos lados: en su cuarto, en la biblioteca, en el bolso que llevaba al canal... ¿Dónde la habría metido? Se sentó a comer la tarta, que ya se le estaba enfriando, y se puso a leer el libreto, pero no podía concentrarse. No iba a estar tranquila hasta no saber dónde había puesto la obra. La buscó otra vez en su cuarto, en el escritorio, en la pieza de su mamá y hasta en el tacho de basura... ¡En qué otro lugar podía haber papeles? Revisó la pila de diarios y... ¡bingo! Allí estaba: *Obra sin título (y aún no terminada) sobre la imposibilidad de vivir sin amor. Tragedia en (cantidad a determinar) actos*. Por Liza Bernárdez.

—Finalmente encontré la obra.

—¿La obra que escribió la nena de doce años?

—Sí... La verdad es que está muy bien. Es decir, no es una gran obra, ni siquiera está correctamente escrita, además no está terminada, pero tiene algo... A partir de algunos textos de distintos autores, va hilvanando una historia superconvencional, pero... algo tiene... Bueno, yo tampoco soy quién para juzgar...

—¿Qué te interesó?

—Algo me gustó...

—¿Qué?

–A ver... No es la historia en sí. Pero sentí... tal vez un poco de envidia, sana envidia.

–¿De la nena?

–Sí, porque la obra logró entusiasmarme y me transmitió las ganas que ella puso en hacerla.

–Pero tu obra, tu actuación, también provoca entusiasmo en los demás.





–Sí, es verdad, pero no en mí. Yo no actúo entusiasmada. No creo en lo que hago. Y esta nena sí. Hasta me dieron ganas de terminarla y representarla. Podría hacer teatro, ¿no?

–Te han ofrecido hacer teatro muchas veces.

–Sí, otro tipo de obras, más comerciales. Pero no eran las obras, sino yo, que no me animaba.

–Así es. ¿Y ahora te animás?

–La verdad es que me entusiasma la idea. Algo me transmitió esta «obra no terminada sobre la imposibilidad de vivir sin amor».

–Ah, sobre eso trata...

–Ajá. Es un poco ridícula, pero creo que mejorando algunas cosas, tal vez... Aunque no creo que me den los tiempos para hacer todo... Y ni siquiera conozco a la nena. Ni me acuerdo de su cara.

–Eso no es problema. ¿Tenés forma de contactarla?

–Sí, me dejó su número. Pero ¿no te parece una locura?

–¿Locura por qué, Carla? Es una obra de teatro.

–Escrita por una nena de doce años. ¿Y el tiempo? ¿De dónde lo saco?

–El tiempo es el tiempo. Uno tiene que decidir qué hace con él.

–Si me meto en esto (solo pienso en voz alta), tal vez podría decirle a Facu que me ayude con la producción...

–¿No era que no querías ver a Facu?

–Sí, pero esto es distinto porque... No sé, me dan ganas de que Facu me ayude, lo veo bien... Pero claro, tendría que dejar algo, por lo menos la grabación del CD. Lo tengo que decidir ya, porque la semana que viene firmo el contrato... No sé, lo voy a pensar. Igual estoy hablando en el aire, porque no sé si la nena...

–¿Cómo se llama la nena?

–Liza, creo. Sí, Liza. No sé si ella está interesada en hacerla. Podríamos conseguir una sala chica, buscar un director. Voy a llamar a Facu y le voy a preguntar...

–¿Facu te tiene que decir lo que tenés que hacer?

–No, quiero preguntarle qué le parece. Yo confío en él. Pero sé que me va a decir que sí. Le va a encantar. Y yo tengo muchas ganas de compartir algo con él.

–Hace mucho que no te escuchaba decir que tenías muchas ganas de algo.

–Es cierto. Yo también me siento distinta. Supongo que la obra es solo un disparador, pero me hizo clic, algo se encendió. Y no lo voy a apagar.

OceanofPDF.com

11 Liza

—¡MAMI...! ¡Es un sueño! ¡No lo puedo creer! ¡Me llamó Estrellita!
¡La obra!

—¿Cómo?

—Sí, acabo de cortar. Era Estrellita, ella misma. Era ella...

—¿Qué te dijo?

—Todavía no lo creo... Que había leído mi obra y que quería encontrarse conmigo.

—¿En serio? ¡Qué bueno! ¿Encontrarse para qué?

—Me dijo que quería charlar sobre la obra. ¡Ay, mamá! ¡Qué emoción!

—¿Estás segura de que no era una broma?

—No, mami. Yo también lo pensé en un momento. Dije: «Seguro que son las chicas». Pero yo le conozco la voz. Era ella.

—¿Y en qué quedaron?

—Nos vemos mañana a las dos de la tarde en el bar que queda a la vuelta del canal.

—Mmmm... Algo no me cierra. ¿Estás segura de que no te estaban tomando el pelo? Tus amigos saben todo lo de la obra, ¿no?

—Sí, pero te juro que era ella. Me vas a acompañar, ¿no? Porque me da un poco de miedo. ¿Qué le voy a decir? ¡Ay, no sé qué hacer!

—Tranquilízate. No te preocupes. Yo voy a ir con vos, si querés.

—Sí, por favor. ¿Vos creés que querrá hacer la obra?

—No sé, vamos a ver. Para algo te llamó... Seguro que no eran las chicas, ¿no?

—¡Basta, mamá!

Ay, no sé qué hacer. ¡Me da algo! ¡Tanto quería que me llamara y ahora me muero de miedo! El famoso «miedo escénico». ¡Lo que va a ser cuando tenga que actuar! ¿Me habrá llamado para representar la obra? Dijo: «Me gustaría charlar con vos sobre la obra». En otro

caso, no lo hubiera dicho. ¿Y si lo que quiere es explicarme que la obra es una porquería? Y no, no me habría llamado. Bueno, qué gano con pensar. Tengo que aguantar hasta mañana. Voy a seguir escribiendo. ¿Le gustará la continuación? Porque ella no leyó casi nada... Seguro que no le gusta. Bueno, yo la sigo igual.

Florencia se arrepiente de haberle mandado la muerte a Eduardo y comienza a plantearse su propia muerte. Pero un pensamiento «la asalta». Me gusta eso de «un pensamiento la asalta». Ella está tranquila y viene el pensamiento y le dice: «¡Esto es un asalto!». Es algo que ella no se esperaba, le hace cambiar lo que piensa:

Pienso que en este momento
tal vez nadie en el universo piensa en mí,
y que sólo yo me pienso,
y si ahora muriese,
nadie, ni yo, me pensaría.

Es de Roberto Juarroz. Y entonces sigue:

Tal vez sea por esto
que pensar en un hombre
se parece a salvarlo.

Ese es el «pensamiento que la asalta»: que pensar en él, en Eduardo, lo va a salvar de la muerte. Suena un poco irreal, ¿no? Igual la obra es irreal. Ella habló con la Muerte. Bueno, podríamos ser un poco más realistas y decir que Eduardo no estaba muerto, solo lo creían muerto. Y cuando ella piensa en él, Eduardo se salva. ¿Se salva de qué, si no estaba muerto? Bueno, digamos que estaba por morir, ya que Florencia había mandado a la Muerte. Puede ser una metáfora: en realidad había deseado su muerte con tanta fuerza que él va a morir... Y cuando la Muerte está a punto de matarlo, ella piensa en él y Eduardo se salva... Puede ser... Un hombre se salva porque quien lo ama piensa en él. Claro que también estuvo a punto de morir porque quien lo ama así lo deseó. El amor dirigiendo la muerte... Puede ser...

OceanofPDF.com

12 Carla

CARLA llegó a su casa, dejó el bolso sobre el sillón y llamó a la periodista para suspender la entrevista de esa tarde. Le explicó que no se sentía bien y que tenía que cuidarse porque iba a grabar el CD. Se puso unos vaqueros, unas zapatillas y agarró de nuevo el teléfono:

—Hola, Facu, soy yo. Qué suerte que te encuentro. ¿Te gustaría ir al cine conmigo esta tarde?

—Hoy fui al cine con Facu. Hacía años que no iba al cine. La pasé genial.

—¿Años?

—Sí, con esto del DVD... Además, vos sabés, me da un poco de fobia salir... En general me reconocen y tengo que estar firmando autógrafos... Esto ya lo hablamos.

—¿Y qué pasó con tu fobia hoy?

—Bueno, llegamos cuando la peli ya estaba empezada. Un par de chicas me reconocieron, pero no me molestó.

—¿Cómo fue todo con Facu?

—Muy bien. Él estaba muy contento. Y yo también.

—¿Qué pasó con la obra? ¿Te reuniste con Liza?

—Sí, es una chica bárbara. Vino con su mamá. Estuvimos hablando, yo le dije que tenía ganas de ver si se podía hacer la obra en algún lado. Ya hablé con Facu y está entusiasmado con la idea. Dice que podemos conseguir el Teatro de la Estación o El Ágora. Liza estaba exultante. Me pareció un encanto.

—¿O sea que vas a actuar en la obra? ¿Está terminada?

—Terminada, no, pero avanzó bastante. De todas maneras vamos a rescribirla entre los tres: Liza, Facu y yo. Tengo muchas ganas de encarar este proyecto. Por primera vez sería algo mío. Yo sería la productora y la actriz principal. Facu sería mi asistente y también productor.

–¿Y Liza?

–Y Liza es la coautora de la obra. Y la idea original es de ella.





—¿Vas a firmar el contrato con la compañía discográfica?

—Sí, estuve pensando. Eso no me lo puedo perder. Es mucha plata. Además hay compromisos... Ya hay arregladas fechas de presentación del CD, ruedas de prensa, actuaciones en el interior... Pero no quiero dejar de hacer la obra, tengo muchas ganas.

—El clic.

—Sí, el clic. Se encendió.

—¿Y cuántos canales tiene tu televisor?

—¿Eh?

—Digo, cuántas cosas se te prendieron: la novela, el CD, la obra, las promociones...

—Sí, son muchas. Pero no puedo dejarlas.

—Estamos otra vez con que no podés elegir, no podés decir que no.

—En esto no, no puedo. Son oportunidades y no sé si van a volver.

—¿Te hacen bien?

—El proyecto de la obra me hace bien.

—¿Y el resto?

—Y... me permite vivir. Además es lo que hago, lo que sé hacer. Lo de la obra es muy lindo, pero arriesgado. ¿Y si no sale? ¿Y si es un fracaso? ¿Y si la gente no va? ¿Y si yo no sé actuar en teatro?

—Otra vez el miedo a que a la gente no le guste lo que hacés. Como con tu papá; el miedo a no gustarle.

—Sí, pero esto es distinto. Porque a mi papá prefiero no verlo, por ahora. En cambio, la obra la voy a hacer, yo no me niego a hacerla. Simplemente digo que no voy a dejar lo otro. Estaría loca si abandonara todo lo que tengo por un proyecto que no sé adónde me va a llevar.

—Vos dijiste que lo que tenés no te hace feliz.

—Tampoco sé si representando la obra me voy a sentir feliz. Es un proyecto, nada más. Y además, ¿por qué tantas vueltas? No estoy diciendo que no lo vaya a hacer. Yo voy a hacer todo.

OceanofPDF.com

13 Liza

—¡Y MAMI, qué te pareció? Es hermosa, ¿no? ¡Estrellita protagonista de mi obra! ¡Yo estrenando una obra en un teatro! Hoy mismo la termino y telefono a Estrellita para ver qué novedades hay de la sala, porque dijo que Facundo, su ex novio, se estaba ocupando de eso. ¡No me va a creer nadie en el colegio! Dame el *celu* que llamo a Florencia. ¿A cuántos podré invitar al estreno? No creo que alcancen los asientos, porque también se lo voy a decir a los abuelos. Tengo que pensar ya en el vestuario, de eso no hablamos, porque no sé si Estrellita...

—Ay, Liza, pará un poco. Vení, vamos a tomar algo y así charlamos tranquilas.

—No, mamá, vamos a casa. Tengo que terminar la obra y además quiero pensar en la escenografía.

—Tranquila, Liza. No se puede resolver todo junto. ¿Te interesa saber mi opinión?

—Sssí...

—Bueno, escuchame: Estrellita me pareció encantadora. Creo que está enganchada con la idea de la obra y me parece algo genial y yo te voy a ayudar en todo.

—¡Menos mal! Por un momento pensé que ibas a estar en contra.

—Pero te quiero decir que...

—¡Ya sabía! ¿Ahora qué?

—Te aclaré que todo me parece fantástico para que no digas que me pongo en tu contra. Solo quiero que lo charlemos con papi y que no pierdas de vista que esto es una circunstancia, algo que se te dio y que vos lograste, pero que también tuviste suerte. No deseo que pienses que las cosas son tan fáciles. Vas a tener que seguir trabajando para que todo llegue a buen puerto y no te olvides de que sos una nena de doce años, que esto no te hace superior a tus compañeros.

–No, ya sé, mamá. Bueno, ¿podés apurarte, que quiero terminar la obra?

–Además, si mal no recuerdo, vos querías actuar...

–Y bueno, todo no se puede. Estrellita ni me lo propuso. Dio por sobrentendido que ella iba a ser la protagonista. ¡Pero yo voy a ser la autora!

–Y te digo que si por alguna circunstancia esto no llegara a concretarse...

–Ay, mamá, ya no sé qué hacer con vos. ¡Lo mismo de siempre! ¿No viste que Estrellita estaba segura? ¿O dijo: «Creo que la vamos a hacer»? No; ella afirmó: «La vamos a hacer». Está decidida.

Bueno, ahora sí, tengo que avanzar. No sé si la voy a poder terminar, pero lo voy a intentar. Estábamos en que Eduardo se salvaba porque Florencia pensaba en él. ¡Qué raro! Todo el tiempo me imaginaba la cara de Florencia como la mía, pero ahora tengo que pensar en Estrellita.

¡Es difícil! Bueno, otra no me queda, qué se le va a hacer. Eduardo siente la presencia de la Muerte y, ante esa presencia, piensa en ella, en Estrellita. Bueno, en Florencia. Y se da cuenta de que quiere estar con ella y de que el amor que se tienen es más fuerte que todo, incluso que la muerte.

Otra vez Macedonio:

Mas poco Muerte puede
si en corazón de Amor su miedo muere.
Mas poco Muerte puede, pues no puede
entrar su miedo en pecho donde Amor.
Que Muerte rige a Vida; Amor a Muerte.

Gran final. La muerte manda sobre la vida, pero el amor gobierna sobre la muerte: «Que Muerte rige a Vida; Amor a Muerte». Me gusta mucho. Ahora me faltaría desarrollar el diálogo entre la Muerte

y Eduardo, y después el regreso de Eduardo con Florencia. Y el encuentro final.

OceanofPDF.com

14 Carla

A LAS ocho sonó el despertador. Carla se vistió y salió corriendo para el estudio de *Sabelotodo*, el programa de entretenimientos en el que el elenco de *Amor adolescente* competía con el de *Corazón valiente*. En el intervalo de la grabación, comió un sándwich mientras estudiaba la letra de las escenas de la novela. Tomó un taxi hasta la notaría para firmar el contrato del CD. Llegó al canal y grabó tres escenas seguidas. Se cambió y fue a elegir el vestuario para la producción de moda de la revista *Belleza*. Llamó a Sandra Suárez, de la revista *Ya*, y acordaron encontrarse en el bar de la esquina de Telearte. Contestó un par de preguntas para la promoción del CD. Fue al estudio para participar como invitada en *Intimidades*, aunque al final no pudo salir al aire por falta de tiempo. Llegó a su casa muerta de hambre y con una pila de canciones para ensayar. Intentó leer algunas, pero se le cerraban los ojos. Se acostó en la cama sin sacarse la ropa. Cuando apagó la luz, eran las dos de la mañana.

—No voy a hacer la obra de Liza.

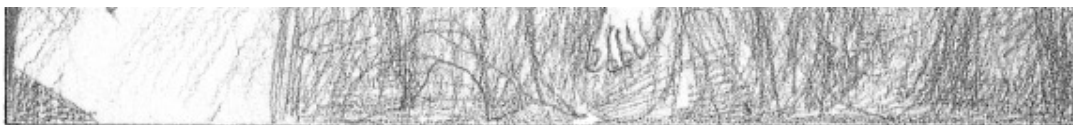
—¿No la vas a hacer?

—No. Es imposible. Estoy agotada. Tengo mil cosas. La verdad es que tenía ganas, pero no va a poder ser. Es muy arriesgado y no tengo tiempo para probar.

—O sea que al final decís que no a algo que te hace ilusión, por miedo a que no salga bien. Como con tu papá.

—No, nada que ver. No es lo mismo. Con mi papá es algo más complicado. La obra no la hago nada más que por falta de tiempo.





—¿Por qué con tu papá es más complicado?

—Porque... no sé... es un poco como si quisiera castigarlo por haberme dejado sola todos estos años. Ahora me quiere ver, que se jorobe. Además, es cierto, me da miedo mostrarme como soy porque, mal que mal, es mi papá y...

—Y su opinión te importa.

—Ajá.

—¿Y por qué pensás que podés no gustarle?

—Ya lo hablamos, porque... no estoy del todo contenta con lo que hago.

—Pero no lo querés modificar.

—A ver... Es verdad; tengo la posibilidad de hacer otra cosa. Pero no es tan fácil...

—Nadie dijo que fuera fácil.

—Pero ¿vos creés que actuar en una obra va a cambiar mi vida?

—No creo que cambie tu vida, pero sí creo que sería un cambio importante *en* tu vida. O al menos en la manera en que estás encarando las cosas. Creo que esa obra te interesa y que no te animás a hacerla.

—Yo no creo que sea así. ¿Cómo no me voy a animar si es una tontera? Lo que pasa es que me comprometí con un montón de gente y no puedo dejar todo.

—¿Y con Liza no te comprometiste?

—¿Me estás cargando? ¿Acaso firmé un contrato con ella?

—Los compromisos no son solo contratos.

—Bueno, pero nunca le aseguré nada. Era un proyecto. Y los proyectos a veces no se concretan. Es una nena. Que empiece a darse cuenta de cómo es la vida.

15 Liza

—¡No llores, mi amor!

—Sí, es fácil decirlo. ¿Y ahora qué hago? ¿Qué hago?

—Bueno, cariño. Yo entiendo que es una decepción, pero podés hacer miles de cosas.

—¿Qué? ¿A ver? ¡Decime!

—Podés seguir vos sola con la obra.

—¿Ah, sí? ¿Y quién me va dar el teatro a mí, a Liza Nadie? ¿Quién soy yo?

—Bueno, podés pensar en representarla en otro lado. Acá en casa, por ejemplo.

—Sí, claro, para vos, papá y los abuelos. ¿Por qué no la hago también en el cumple de mi prima de dos años?

—Algo se nos va a ocurrir.

—Lo que no entiendo es por qué dijo que sí, si después me iba a decir que no.

—Te dijo que sí porque pensó que podía hacerla, pero después se dio cuenta de que no le iba a alcanzar el tiempo. Lo importante es que en algún momento te dijo que sí, que confió en tu obra.

—¡Hubiera preferido que nunca me hubiera dicho nada! ¡Al menos yo hubiera seguido en la mía! ¡Pero así me hice ilusiones y después nada!

—Tenés razón. Al fin y al cabo, tu obra vale más allá de Estrellita.

—¡Nada me sale, mamá! ¡Cada vez que deseo una cosa con todas mis fuerzas, algo pasa!

—Eso no es así.

—¿Te acordás de cuando empecé flauta? ¡Yo estaba tan ilusionada! ¿Y qué pasó? ¡Cuando fuimos a comprar la flauta, se te quedó el auto y no la pude tener! ¿Y cuando íbamos a ver al tío, que lo extrañaba tanto, y no pudimos viajar por el trabajo de papá? ¿Y cuando iba a festejar mi cumpleaños de diez y ustedes chocaron? ¿No ves?

–Bueno, todas esas son contingencias, cosas que pasan. Nada de eso dependía de vos. Pero intentá fijarte en qué cosas sí podés hacer vos para modificar lo que no te gusta.

–¿Y qué puedo hacer yo por mi obra? ¡Ya tenía todo: elenco, teatro, productor...! ¡Todo!

–Dijiste bien: tenías. Ahora no. Así que, si querés hacer la obra, a pensar. No bajes los brazos.

¡No bajes los brazos! ¡Qué fácil! ¡Los subo! ¡Para darle una cachetada a Estrellita! No, pobre. Ella no tiene la culpa. Me da bronca, pero es verdad que tiene demasiadas cosas. La tonta soy yo por pensar que podía tener un proyecto con ella. Es que a mí nunca me sale nada. Cada vez que deseo algo con todas mis fuerzas, después se viene abajo. Si al final va a ser mejor no tener ningún deseo... Ir por la vida sin deseos, como una autómatas... ¡Bah! Eso es imposible, la vida así no tiene sentido... Por lo menos para mí... Si Florencia, la heroína de la obra, deseó tanto algo que hasta desafió a la muerte, por qué mi deseo no puede desafiar, no digo a la muerte, que sería exagerado, pero sí a las circunstancias, los impedimentos... ¿No debería ser coherente con lo que escribo? Con esto no quiero decir que tenga que actuar igual que los personajes, porque obviamente se trata de una ficción, pero sí respetar la esencia de la obra, que es... ¿cuál es? ¡Ah, sí! Que el deseo es más fuerte, más fuerte que... ¿Que qué? Que todo... Que más allá del resultado, lo importante es el deseo... Si en la obra digo que el amor, el deseo de estar con el ser amado, todo lo puede, mi propio deseo no debe caer ante el primer obstáculo, ¿verdad?

16 *Carla*

EL despertador no sonó y Carla llegó tarde al estudio. En la sala de maquillaje se dio cuenta de que se había dejado el libreto en su casa. Pidió uno al asistente, pero no se animó a decirle que en realidad ni siquiera lo había leído. Hubo que rehacer diez veces la escena en la que se pelea con su mejor amiga, y la de la confesión directamente no se pudo grabar: Carla no era capaz de memorizar la letra. Se tomó un descanso y se fue al bar. Pidió un café doble y cerró los ojos. Todo le daba vueltas. Por más que intentaba, no podía concentrarse. Al agarrar la taza, los dedos se le resbalaron y el café se desparramó en su ropa. El director en persona bajó al camarín y le dijo que se fuera a su casa.

—Ayer me salió todo mal. Tuve un día terrible.

—¿Qué pasó?

—Por empezar, el maldito despertador no sonó. Ya arranqué mal. Llegué tarde al canal y estuve el día entero como una zombi. No me podía concentrar.

—¿Por qué creés que te ocurrió esto?

—Tengo muchas cosas.

—Sí, pero antes también las tenías y esto no te pasaba.





–Y... se van acumulando, hasta que llega un punto... Pero en realidad fue solo un día. Y tampoco resulta tan terrible. No es que me atropellaran ni que le pasara algo malo a mi mamá. Eso sí sería tener mala suerte.

–No hablamos de mala suerte sino de falta de concentración, de cansancio.

–Claro, pero yo sentía que todo me salía mal. Esos días en que parece que todo se confabula en tu contra.

–Los demás en tu contra... Y vos...

–Yo, sin poder hacer nada.

–O sea que te sentiste mal porque no pudiste hacer nada con lo que te pasaba.

–Sí, puede ser.

–Vamos a ver... ¿Por qué no pudiste hacer nada?

–No sé, no lo pensé.

–Sería bueno que empezaras a pensar por qué no podés hacer nada frente a lo que te pasa. Vos, como todos, sos capaz de modificar tu realidad si no estás conforme con ella. Aunque, por supuesto, esto tiene un costo. Toda elección implica dejar algo de lado. Elegir es eso.

17 Liza

—**L**A verdad, mamá, por una vez en la vida debo reconocer que tenés razón...

—¡No me digas! ¿Es la única vez en la vida que tengo razón?

—Bueno... digamos que la única que *reconozco* que tenés razón.

—¡Ah, eso es otra cosa! ¿Y a qué debo ese honor?

—A que estoy madurando.

—Ajá...

—Sí, porque pensé que, después de todo, la obra está casi lista. Ya terminé los diálogos y escribí la escena final...

—Y eso quiere decir que...

—Que tal vez la pueda representar. Con los actores no habría problema. Yo haría el papel principal y le puedo preguntar al hermano de Ezequiel, que estudia teatro, si él o alguno de sus compañeros quiere actuar...

—Yo los puedo ayudar a diseñar el vestuario...

—Eh... No, gracias, mami, te agradezco, pero va a ser una puesta moderna...

—¡Qué graciosa! ¿Y en la escenografía puedo intervenir, o va a ser futurista?

—Está bien, ahí sí... Pero que sea bien simple, porque plata no hay...

—Le pedimos a Ale que nos ayude a pensarla y realizarla. Hizo unos trabajos buenísimos...

—¡Genial! Faltaría el director. Nada más y nada menos. No puede ser un improvisado. Yo un poco me animo, después de todo es mi obra... Pero no... no puedo actuar y dirigir. Sé que hay gente que lo hace, pero yo soy una debutante...

—Sí, no sería lo ideal. Y también está el tema del teatro. ¿Dónde se podrá representar?

—Bueno, eso es lo de menos...

—No tan de menos... Si no hay donde hacerla, no hay obra...

—¡Mamá!

–Perdón, perdón, perdón, no dije nada...

Sí, estoy convencida. La voy a hacer. Definitivamente. Salga bien o mal. No puedo quedarme de brazos cruzados.

Y yo cruzándome de brazos
dije que me daba igual.
Nada de pegarme un tiro
ni enredarme en maldiciones...

¡La misma poesía que cuando empecé la obra! ¿Será una señal? Y... señal o no señal, por algo se me ocurrió. Es que no me perdonaría nunca haber llegado hasta acá y no seguir. ¿Querrá el hermano de Eze actuar? Si no, voy a alguna escuela de teatro y pregunto si a alguien le interesa... La ropa la diseño con las chicas, y la tía de Ceci, que es modista, me puede ayudar con la confección... La música se la pido a mi hermano o a mi primo, que siempre quieren hacer de disyoqueis... Faltaría el director... y el teatro... No es poca cosa... Algo se me tiene que ocurrir...

OceanofPDF.com

18 Carla

CARLA llamó al canal para avisar de que no iría a grabar porque se sentía mal. Era una verdad a medias. No se encontraba bien, pero su malestar no era físico. Se quedó toda la mañana en la cama, disfrutando del calor entre las sábanas. Leyó los dos primeros capítulos del libro de McEwan porque ya se había olvidado del comienzo. Se levantó al mediodía, se duchó y se preparó el almuerzo. Comió mientras miraba el noticiero por la tele. Levantó los platos, se vistió y salió a la calle. Le pidió al taxi que la dejara a doscientos metros de la casa, pero al llegar a la esquina, se desvió y caminó durante veinte minutos rodeando el lugar. Finalmente, respiró hondo y enfiló hacia su destino. Con las manos temblorosas y el corazón galopando, tocó el timbre.

Cuando entró en el consultorio, reprimió sus deseos de gritarlo:

—Pude.

—¿Pudiste?

—¡Sí! ¡Lo vi! ¡Estuve con mi papá! ¡Lo fui a buscar a su casa!

—¡Te felicito! Sentate, por favor. Te escucho.

—Me fue muy bien. Al principio estaba temblando, pero después me fui relajando. La casa es muy linda... y estaba llena de fotos mías.

—¿Te sorprende?

—Sí, no lo esperaba.

—¿Y qué esperabas? ¿Cómo imaginabas su casa?

—No, en realidad no me la imaginaba.

—Como si tu papá no viviera en ningún lado...

—Exacto. Como si fuera... un fantasma.

—Un fantasma asusta...

—Y sí, un poco me asustaba...

—¿Te asustaba él o te asustaba no gustarle?

—Creo que las dos cosas.

–Digamos que hasta ahora tu papá era solo una idea, una idea un poco atemorizante. De a poco, empieza a ser una presencia real, que vive en una casa, que podés visitar...





–Me daba mucho miedo dar el primer paso. Ahora me animo a más. Esta noche vamos a cenar afuera. Y le voy a pedir que me acompañe mañana al canal. Me da un poco de vergüenza, pero quiero que me conozca como soy, que vea todo lo que hago. De todas maneras, me dijo que me veía por la tele todas las tardes.

–¿Y qué opinó de tu trabajo?

–Me dijo que le gustaba mucho, pero ¿qué va a decir un padre de su hijo?

–¿Hablaron de tu proyecto teatral abandonado?

–No, no tuvimos tiempo.

–¿Y cómo vas con eso?

–Esperá, por partes. Ahora no puedo (NI QUIERO) pensar en el teatro. Bastante tengo con lo de mi papá. Voy a seguir con la televisión, que es lo seguro.

–Y vos deseás seguridad.

–Sí. La necesito. ¿No te parece suficiente el paso que di con lo de mi padre?

–No soy yo la que tengo que responder esa pregunta.

19 *Liza y Carla*

—¡**B**RAVO! ¡Bravo! ¡Felicitaciones! ¡Excelente!

—¿En serio te gustó?

—¿Si me gustó? ¡Me encantó! ¡No viste cómo se venía abajo el teatro con los aplausos!

—Bueno, teatro lo que se dice teatro... Es apenas el salón de actos del colegio.

—Liza, no te miento: es una maravilla. Sabía que la obra era buena, pero no pensé que la puesta podía ser tan ingeniosa. ¿Así que la dirigió tu maestra?

—Sí, me animé y le pedí que hiciera de directora. Está fascinada con su nuevo rol.

—Los actores son muy buenos. ¿Aquel es tu hermano?

—Sí, después te lo presento. Me va a perdonar varias cosas si le hago ese favor.

—Ah, querés decir que soy un objeto de cambio.

—Mmm... Digamos, mejor, un elemento para ejercer el chantaje. Pero no te preocupes: eso es algo bueno.

—Ya veo... Te vuelvo a pedir perdón por haberme apartado del proyecto. Es que no iba a poder con todo.

—Está bien, te entiendo. No te niego que me sentí muy mal, pero con todo lo que tenés que hacer... ¿Cómo va lo del CD?

—Renuncié. No lo voy a grabar. Además pedí licencia en la novela. Me van a mandar de viaje unas semanitas en la ficción y yo también me voy a tomar un tiempo para pensar qué quiero hacer en realidad.

—Pero no vas a dejar la novela...

—La verdad, no lo sé. Tengo ganas de hacer teatro. Y esta vez es en serio. Te veía en el escenario y me daba envidia. Lo único que pensaba era: «Yo quiero estar ahí».

—¿Vos envidiarme a mí?

—Por supuesto. Ojalá contara con un poco de la energía y las ganas que tenés vos. Te va a ir bárbaro con la obra. Y te lo merecés.

—No... no la vamos a seguir haciendo. El salón de actos nos lo prestan solo por este fin de semana. Mañana es la última función. Pero estoy más que contenta. Es un buen comienzo, ¿no?

—Un excelente comienzo. ¿Aceptaría la primera actriz venir a tomar algo conmigo y con dos caballeros que a partir de hoy son sus más fieles admiradores?

—Cómo no, encantada. ¿Los conozco?

—A uno, sí. Es Facundo.

—¿Y el otro? ¿Es un amigo que me vas a presentar?

—No, es mi papá. ¿Vamos?

—Vamos.

—Estaba pensando... ¿No tenés otra obra en producción?

—Mmmm... Sí, tengo una. Va bastante avanzada.

—¿La tenés acá?

—No, todavía no la escribí.

—¿No iba bastante avanzada?

—En mi mente. Primero hay que tener las cosas claras...

Contenido

Portada

Dedicatoria

1 Liza

2 Carla

3 Liza

4 Carla

5 Liza

6 Carla

7 Liza

8 Carla

9 Liza

10 Carla

11 Liza

12 Carla

13 Liza

14 Carla

15 Liza

16 Carla

17 Liza

18 Carla

19 Liza y Carla

Créditos

OceanofPDF.com



fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en **www.fundacion-sm.org**

LITERATURAS**SM**•COM

Cubierta e ilustraciones: Jesús Gabán

© del texto: Daniela Acher, 2007

© Ediciones SM, 2007

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

Coordinación técnica: Producto Digital SM

Digitalización: **ab** serveis

ISBN: 978-84-675-4928-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo la excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o utilizar algún fragmento de esta obra.

OceanofPDF.com